pulo en las confesiones, con los siguientes avisos:

«Los Doctores—dice San Alfonso de Ligorio—dan muchas reglas para la dirección de los escrupulosos; pero no hay ciertamente, fuera de la oración, remedio tan eficaz para curarlos, como la obediencia al confesor. Esforzáos, pues, ante todo en inculcar profundamente en el espíritu de los escrupulosos dos máximas fundamentales: primera, que se camina con toda seguridad delante de Dios obedeciendo al padre espiritual en todo aquello que no aparece un pecado evidente; la razón es porque no se obedece al hombre, sino á Dios, que ha dicho: *El que á vosotros escucha, á mi me escucha.* Tal es la doctrina de todos los teólogos y maestros de la vida espiritual.

»La segunda máxima es que el más grande de los escrúpulos debe ser la desobediencia, porque así expone al sumo daño de perder no sólo la paz, la devoción, el celo para avanzar en la virtud, sino también el cerebro, así como la salud temporal y la eterna.»

El gran confesor de Roma, San Felipe Neri, solía repetir estas consoladoras frases: «*Por la obediencia, jamás se ha perdido un alma; sin la obediencia, jamás se ha salvado un alma.*»

El confesor goza de infalibilidad práctica respecto del penitente. Bastará, pues, oir de sus labios que vais por el buen camino; que la misericordia y la gracia de Jesucristo están con vos, para que

estéis tranquilos, dándole pleno crédito como en todo lo demás. «Porque, dice San Juan de la Cruz, el no someterse en todo y por todo al confesor, es orgullo y falta de fe.»

«Temeréis á veces, agrega San Buenaventura, obrar contra el instinto de la conciencia al obedecer; os parecerá que pecáis obedeciendo; mas, por el contrario, habéis adquirido gran mérito delante de Dios.»

CAPÍTULO XIV.

ESCRÚPULO SOBRE LA COMUNIÓN.

Así como nadie puede ser virtuoso sin religión, así también nadie puede ser religioso sin la Comunión. «Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, dijo nuestro Señor, y si no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros; pero el que come mi carne y bebe mi sangre, posee la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día.» Es un artículo de fe: sin la Comunión no hay vida verdaderamente cristiana.

De aquí las urgentes exhortaciones de la Iglesia sobre la frecuente Comunión, reiteradas sin cesar. De aquí también los esfuerzos del demonio

para alejar á los fieles todos, y principalmente á las almas piadosas, de la Santa Mesa. Y ha logrado mucho, porque, desgraciadamente, en el corazón de innumerables cristianos hay indiferencia y frialdad sumas acerca de este sacramento de vida, y en otros temores y escrúpulos que producen el mismo efecto, porque los privan de la felicidad de la Comunión ó les impiden, siquiera en parte, sacar de ella el fruto conveniente.

Por su inmensa caridad para con estos últimos, San Alfonso María de Ligorio se consagró á resolver sus dudas y á disipar sus temores. Para alentarlas á que no se alejen de Jesucristo, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres, les muestra las condiciones y ventajas de la Comunión frecuente. Sigamos sin temor alguno las enseñanzas de este gran Doctor de la Iglesia.

—¿Qué pensar, dice, de esas buenas almas que, fuera de la facilidad de comulgar á menudo, tienen el ejemplo de otros que se acercan á la Santa Mesa, mientras ellas se abstienen sin razón alguna? Veamos si son racionales sus excusas.

—*No comulgo con frecuencia*, dirá alguno, *porque no soy digno*.—¡Ah! Si esta razón fuese aceptable, se seguiría que jamás seríais digno de comulgar. «El que no es digno de comulgar todos los días, tampoco lo será al cabo de un año.» ¿Quién podrá ser una vez siquiera digno de la Sagrada Comunión? Sólo Nuestro Señor Jesucristo, que era hombre y Dios, ha comulgado dignamente, porque sólo un Dios es digno de recibir á un Dios.

¡Decís que no sois digno! ¿Pero ignoráis que dejando de comulgar os hacéis todavía más indigno? Mientras más os alejéis de la Sagrada Comunión, serán mayores y más repetidos vuestros defectos, porque estaréis necesitado de todos los recursos de los que es fuente preciosa la Sagrada Eucaristía.

De muy diverso modo raciocinaba una religiosa dominica. Decía: «Precisamente porque soy indigna, quisiera comulgar tres veces al día para no serlo tanto.»

Casiano se proponía esta pregunta: «¿Qué será más conforme á la humildad? ¿Comulgar á menudo, ó sólo raras veces?» Y responde: «El que comulga con frecuencia es más humilde, porque, conociendo su enfermedad, busca todos los días el remedio de sus males.» Tal es igualmente la doctrina del Doctor Angélico: «Aunque sea agradable á Dios, dice, abstenerse de la Comunión por temor y humildad, sin embargo, prefiere el amor y confianza que se le demuestra recibiéndole.»

—*Pero no sé si estoy en gracia*.—Decidme: para saberlo, ¿qué desearíais? ¿Esperáis, por ventura, un ángel del cielo que os lo venga á declarar? ¿No basta que el confesor os lo manifieste? Y po-

déis estar más tranquilo con lo que os dice el ministro de Dios que con lo que pudieran deciros todos los ángeles del paraíso. Puesto que lo que os pareciera oir de los ángeles podría ser una ilusión; pero en lo que se oye al padre espiritual, que ocupa el lugar de Dios, no hay error posible.

Siempre que el confesor os prescriba que comulguéis, guardaos de dejaros vencer por el demonio y de absteneros á causa de vuestros temores y escrúpulos. Y sabed que no hay desobediencia más perjudicial á una alma que la de abandonar la Comunión, porque este apartamiento procede de la falta de humildad, puesto que en el fondo de las cosas sólo obraréis de esta suerte porque preferís vuestro juicio al de vuestro director.

—*No me atrevo á comulgar con frecuencia, porque caigo siempre en los mismos defectos, sin advertir enmienda alguna.*—Respondo: Acercáos todos los días á la Comunión, para que cada día os aproveche. Pero debéis, sin embargo, vivir de tal manera, que merezcáis comulgar todos los días.

En cuanto á los que cometiesen pecados veniales con deliberado propósito, diciendo mentiras voluntarias, conservando algún resentimiento ó alguna afección terrestre, ó cometiendo otras faltas semejantes, á sabiendas de que constituyen un obstáculo para la perfección, sin procurar la enmienda; á todos ellos lo más que se les puede conceder es que comulguen semanariamente con

objeto de adquirir la fuerza necesaria para no caer en pecados mortales.

Con mucha pena permitiría la Comunión frecuente á alguno que quisiese perseverar en determinado defecto, que sin ser claramente ni pecado leve, fuese en realidad opuesto á la perfección, sobre todo tratándose de la humildad y de la obediencia. Sin embargo, si el que se encontrare en esta situación no tuviese afecto al pecado venial y se abtuviese de toda falta voluntaria, dándose á la oración y á la mortificación de los sentidos y de las pasiones, el sacerdote podrá permitirle la Comunión cuatro ó cinco veces por semana.

CAPÍTULO XV.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Si conocéis que vuestras faltas son plenamente deliberadas y que no tenéis voluntad de corregiros, ni yo ni nadie os aconsejará la Comunión frecuente.

Pero no tenéis, por fortuna, afecto á los pecados veniales ni costumbre de cometerlos con plena deliberación; por el contrario, os agrada orar y deseáis el progreso de vuestra alma. Obe-

deced al confesor, os lo repito, y no acumuléis dificultades.

Cuanto más enfermo estéis, con tanto mayor ahinco debéis buscar el remedio que la Comunión os presenta. En esto seguiréis el consejo de San Ambrosio: «Yo, que peco cada día, dice, debo buscar cada día el remedio.» A los muros que se inclinan se les ponen trabas, no para enderezarlos, sino para evitar la caída.

Decís que no os enmendáis; y alejándoos de la Comunión, ¿llegaréis á enmendaros algún día? Al contrario, seréis peor. En su *Tratado de la Comunión*, escribe el padre Granada: «El que quiera sanar de sus enfermedades, no debe alejarse del gran remedio de la Comunión.» Aunque no hubiese otra ventaja, se lograría al menos la de poder decir: «Comulgué hoy, y debo comulgar mañana.» ¡Cuántas veces estas solas palabras son suficientes para que evitemos el pecado con más ahinco, empleando mayor vigilancia!

Además, el Sacramento, por sí mismo, comunica luz y fuerza. La enseñanza común de los teólogos es que la Santa Eucaristía confiere más gracia que los otros sacramentos, porque allí se encuentra Nuestro Señor Jesucristo, que es el autor de la gracia. Es más grande el don de un príncipe hecho por su propia mano, que cuando se recibe por medio de otro.

—*Pero estoy distraído, frío y sin devoción.*—

¿Qué entendéis por devoción? ¿El fervor sensible? Este no es necesario. Basta que tengáis la resolución firme de hacer lo que sepáis que agrade á Dios. Tal es la verdadera devoción y fervor que Él os pide. Y aun cuando no sintiereis ni ese fervor de la voluntad, debéis acercaros á la Sagrada Mesa para obtenerlo.

«El que se abstiene de comulgar, dice Gerson, porque no está fervoroso, se asemeja al que teniendo frío rehusa el fuego para calentarse.»

Además, según el sentir de San Lorenzo Justiniano, el Santísimo Sacramento opera á veces sin que nos apercibamos de ello.

Escuchad la consoladora doctrina de San Buenaventura: «Aunque os sintáis tibio y sin devoción, no dejéis de comulgar con toda confianza. Mientras más grave está el enfermo, mayor necesidad tiene de médico.»

No os dejéis llevar por la idea ilusoria de que comulgando raras veces podríais adquirir más devoción. El que come pocas veces lo hace en verdad con apetito, pero también con menos provecho.

Comulgando raras veces, experimentaréis quizá más devoción sensible; pero poco adelantaréis en la perfección, porque dejaréis por mucho tiempo de alimentaros con lo único que os puede fortalecer para evitar vuestras faltas. No atendáis, pues, á la devoción más ó menos sensible;

pensad sólo en comulgar para uniros á Dios, y con esta intención, os lo aseguro, sacaréis grandes ventajas.

—*Me abstengo á veces de la Comunión para no causar murmuraciones entre los que, conociéndome tan imperfecto, se escandalizarían viéndome comulgar con frecuencia.*—Siempre que comulguéis por consejo del sacerdote encargado de vuetra alma, y con intención de avanzar en el amor de Dios, ó al menos para alejaros de toda falta, acercáos sin temer á lo que digan los otros. Decía el Beato Juan de Ávila que «los que se ocupan de reprender á los que comulgan con frecuencia hacen oficios de demonios». ¿Querríais acaso escuchar á éstos?

Un día que Santa Francisca Romana se preparaba á comulgar, le dijo el demonio: «¿Cómo te atreves á recibir al Cordero sin mancha, tú que estás cubierta de imperfecciones y pecados veniales?» La Santa, comprendiendo que el enemigo de nuestra naturaleza intentaba impedirle la Comunión, lo ahuyentó escupiéndole en el rostro. Y al punto la Santísima Virgen se le apareció, elogiando su proceder y agregando que los defectos no deben impedirnos la Comunión, sino al contrario, alentarnos para hacerla, porque en la Santa Eucaristía está el remedio para todas nuestras miserias.

Esto es conforme con la enseñanza del Catecismo Romano, donde se asegura que la Comunión perdona los pecados veniales. O como habla Santo Tomás, con el común de los Doctores, la Comunión produce en el alma actos de amor á Dios, por los que se perdonan los pecados veniales.

CAPÍTULO XVI.

NUEVOS PRETEXTOS PARA NO COMULGAR.

Me *falta tiempo para prepararme á la Comunión como debiera.*—Si perdéis el tiempo en ocupaciones inútiles, esta excusa no tiene valor alguno; pero si en realidad carecéis del tiempo que desearais á causa de vuestras ocupaciones personales y de otros deberes que la obediencia os impone, sabed que todas esas cosas, cumplidas con intención de agradar á Jesucristo, son una preparación para recibirlo.

Santa Magdalena de Pazzis se encontraba un día haciendo el pan cuando oyó la campanilla de la Comunión, quedando arrobada en éxtasis; y sin advertirlo, se acercó á la Santa Mesa llevando aún en las manos dos trozos de pasta. Y decía á sus hermanas: «Para prepararos á la Comunión

ofreced á Jesucristo todas vuestras acciones con intención de agradarle, y acercáos sin temor alguno.»

No debéis, por tanto, dejar la Comunión, aunque no hubieseis tenido tiempo de prepararos, con tal de que os hayáis ocupado en el servicio de la comunidad, en la asistencia de algún enfermo ó en cualquiera otra obra de caridad imprescindible.

Pero en estos casos evitad las conversaciones y entretenimientos no necesarios, si dependen de vuestra voluntad. Cuando advirtáis que no habrá tiempo de prepararos por la mañana, cuidad de prepararos siquiera un poco la víspera, leyendo algún libro piadoso y practicando los actos que deberíais hacer por la mañana. Y sería mejor que os despertaseis más presto que de ordinario, para prepararos un poco.

—*Pero mi confesor no está dispuesto á permitirme la Comunión frecuente.*—Si esta es la verdad, debéis obedecerle, contentándoos con multiplicar las comuniones espirituales, diciendo á Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento: «Señor mío Jesucristo, os recibiría más á menudo, pero la obediencia no me lo permite.» Y estad cierto de que el amable Jesús aceptará con mucho agrado vuestra obediencia y vuestro deseo.

Pero si el confesor no os concede comulgar con frecuencia, ¿no es quizá porque no se lo pedís?

El pedirlo de ningún modo es contra la obediencia. Y aun los confesores, para conceder la Comunión más ó menos frecuente, atienden al deseo que observan en sus penitentes.

Como lo he dicho, este alimento celestial, para producir todos sus frutos, requiere gran deseo en quien lo recibe, y aprovecha poco á las almas indiferentes. No queréis pedir licencia para comulgar á menudo, y se demuestra así que no lo deseáis. Por eso el confesor se abstiene de concederos ese don.

¿Por qué no seguís el ejemplo de Santa Catalina de Sena? Cuando su confesor, quizá para ejercitar su obediencia, le negaba el permiso de comulgar, humildemente repetía: «Padre, conceded á mi alma su alimento.»

Si manifestaseis á vuestro confesor esta hambre divina, accedería gustoso á vuestros ruegos; pero considerando vuestra frialdad y poco deseo de perfección, por prudencia se abstiene de prescribiros la Comunión frecuente.

¡Oh! ¡Cómo avanzan en el amor divino los que, animados de buen deseo y con permiso de su padre espiritual, comulgan á menudo! Jesucristo los atrae maravillosamente, sin que ellos lo adviertan; los deja á veces en la obscuridad y sin devoción sensible, para mantener su humildad y resignación.

«Para las almas desoladas, dice Santa Teresa,

no hay mejor recurso que la Comunión frecuente.» Dígase lo que se quiera, lo cierto es que las mejores parroquias, ordinariamente hablando, son aquellas donde abundan las comuniones frecuentes, y en esas parroquias los fieles más fervorosos y ejemplares son los que diariamente se acercan á la Santa Mesa.

¿De qué sirven tan vanas excusas? Lo cierto es que no se comulga con frecuencia para no verse obligado á vivir más cristianamente y con más desapego de sí mismo y del mundo. Se sabe bien que dos cosas no pueden andar unidas: la Comunión frecuente y la disipación; los afectos mundanos, las vanidades, la afición á la propia estima, á la sensualidad y otras imperfecciones.

He aquí por qué se deja la Comunión frecuente. Nadie puede sufrir los reproches de Jesucristo cuando viene á un alma constituída en esta situación. Y se le recibe raras veces porque se desea vivir con mayor libertad.

CAPÍTULO XVII.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

Si obráis como se ha dicho, yo igualmente os aseguro que no os conviene recibir con frecuencia á Nuestro Señor Jesucristo, puesto que le amáis poco y tenéis pocos deseos de amarle. Sin embargo, reflexionad seriamente sobre ese tedio obstinado que no intentáis remediar, porque puede arrojaros tarde ó temprano al abismo.

Salid, pues, de ese estado miserable; daos á Dios por el tiempo que os resta de vida y cuyo término está más cerca de lo que pensáis; trabajad en vuestra reforma lo mejor que podáis, y pedid la Comunión más frecuente. Si el confesor os permite, comulgad sin dificultades ni temores, dejando al mundo decir lo que quiera.

No temáis el dar cuenta á Dios de ello á la hora de vuestra muerte. Os lo digo y os lo aseguro. En vuestros últimos momentos no os arrepentiréis de las comuniones hechas con el permiso conveniente; más bien os dolerá haber omitido muchas sin razón alguna, y sólo por vuestro tedio ó negligencia.

Santa Magdalena de Pazzis vió en el Purgatorio una alma que sufría por haber omitido una Comunión sólo por indolencia. Por esto, siempre que la Santa veía que alguna de sus religiosas dejaba sin causa la Comunión, experimentaba tal pena y desagrado, que muchas veces se la vió llorar por ello.

Sabed, pues, que entre todas vuestras devociones no hay alguna tan agradable á Jesucristo como la santa Comunión. Y, en verdad, toda la perfección de un alma consiste en su íntima unión con Dios, y siendo la Comunión el acto que nos une más á Él, síguese que nada habrá más eficaz para perfeccionarnos. Por eso la misma Santa Magdalena exclamaba: «Mejor quisiera morir, que dejar una Comunión prescrita por la obediencia.»

Después de San Alfonso, á quien pertenece todo lo anterior, oigamos á San Francisco de Sales. Este Santo Doctor decía que los que buscan excusas para no comulgar á menudo, se asemejan á los invitados de la parábola, los cuales produjeron la indignación del padre de familias, aunque las causas que alegaron para no concurrir al banquete parecían aceptables.

«Pero, dice el Santo, las excusas de los que se retiran de la divina Eucaristía, parecen más bien acusaciones.»

«Unos dicen que no son todavía bastante perfectos; pero ¿cómo llegarán á serlo alejándose de la fuente de toda perfección? Otros, que son muy frágiles, y no miran que éste es el pan que los hará fuertes; otros, que están enfermos, y no ven que allí está el médico; otros, que no son dignos, y no recuerdan que la Iglesia hace repetir á todos, aun á los más santos, estas palabras: *Señor, no soy digno de que entréis en mi pobre morada.*

»Otros se excusan con el peso de sus negocios, y no oyen que el mismo Señor les da voces diciéndoles: *Venid á mí todos los que trabajáis y estáis sobrecargados, y yo os confortaré.* Otros temen recibirlo para su condenación; pero ¿no temerán condenarse si de Él se alejan?

»Otros pretextan humildad; pero de ordinario es falsa como la de Acaz, que se oponía á la gloria de Dios fingiendo temor de tentarle. Sobre todo, ¿cómo es posible aprender á recibir á Jesucristo sino recibiéndole? Sabido es que todas las cosas se aprenden ejercitándolas.

»El Salvador se queja del abandono de su pueblo; de que lloren los caminos de Sión porque nadie viene á sus solemnidades; de llamar á la puerta sin que nadie le abra; de que se le niegue la entrada á Belén. Es de temer que los que le abandonan sean abandonados, y que rechace en la otra vida á los que le rechazaron en ésta.»

Si los mundanos os preguntan por qué comulgáis tantas veces, decidles que para aprender á

amar á Dios, para purificaros de vuestras imperfecciones y sosteneros en vuestras debilidades.

Decidles que dos suertes de personas deben comulgar á menudo: los perfectos, porque sería una injusticia que teniendo las disposiciones debidas se alejasen de Jesucristo; los imperfectos, para poder caminar á la perfección; los fuertes, para no debilitarse; los débiles, para fortalecerse; los enfermos, para adquirir la salud; los sanos para no enfermar. Y manifestadles que en cuanto á vos, como imperfecto, débil y enfermo, necesario es que comuniquéis con Jesús, que es vuestra perfección, vuestro médico y vuestra fuerza.

Decidles que los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar porque no les falta tiempo; y los que abundan en ocupaciones, porque los que trabajan mucho y están cargados de penas necesitan alimentos sólidos y frecuentes. Decidles que os acercáis á la Santa Mesa para aprender á recibir á Jesucristo, porque nada se hace bien si no se practica mucho.

Frecuentad la Comunión cuantas veces podáis con permiso del sacerdote, y creedme: á fuerza de adorar y alimentaros con Aquel que es la hermosura, la bondad y la pureza, os haréis semejantes, siquiera de lejos, á Jesucristo.

CAPÍTULO XVIII.

ESCRÚPULOS SOBRE LA ORACIÓN.

Lo hemos dicho y está demostrado por la experiencia: cuando el escrúpulo se apodera de un alma se extiende á todo. Y ésta, como nuestro Señor Jesucristo sobre la cruz, no puede apoyar la cabeza coronada de espinas ni á la diestra ni á la siniestra. Después de los dos sacramentos de que nos ocupamos arriba, la oración, entre todos los ejercicios espirituales, es un riquísimo bálsamo de consuelo y un estímulo eficaz para todas las almas. Pero el escrúpulo, atacándola constantemente, concluye por hacerla fastidiosa.

¿De qué me sirve meditar? dicen muchos. Estoy ante Dios como tierra sin agua, insensible, árido, distraído, ni sé qué decir. Llego al fin de la meditación, que me parece larguísima, sin sacar más provecho que un cansancio lastimoso del cerebro y un temor grande de haber abusado de la gracia.

Decís que os encontráis *insensible*, *árido*, *distraído en la oración*. Si es por vuestras culpas, procurad la enmienda. Si, por el contrario, esta

situación es una prueba, consolaos y guardaos bien de abandonar la meditación. Oid á San Francisco de Sales:

«Propio es de los niños gustar del dulce y los confites, porque aun carecen de juicio para conocer que estas golosinas les hacen mal y les crían lombrices. Esto acontece á los espíritus ligeros y poco arraigados en la piedad: no hacen progreso alguno en la virtud sino cuando Dios les llueve el maná de los consuelos interiores.

»¿Llegan la aridez y desolación? Presto se les verá lánguidos, flojos y pesados para sí y para otros. Son como los hijos de Efrem, los cuales, diestros para tirar al blanco, huían al ver de frente al enemigo.

»No conviene obrar así; antes por el contrario, cuanto más nos priva Dios de los consuelos, más debemos nosotros trabajar para darle pruebas de que le somos fieles. Un solo acto de virtud hecho con aridez ó sequedad de espíritu, vale más que muchos practicados con gran ternura, porque hay más generosidad en aquél, aunque éstos sean gustosísimos á nuestra alma.

»El soldado valiente se presenta con serenidad en los peligros; pero los que son cobardes no van sino á empellones, y necesitan el fragor de los clarines para entrar en batalla. Son como los globos, que suben más alto mientras más vayan cargados de viento.

»El que sirve á Dios por los consuelos muestra que *ama más los consuelos de Dios que al Dios de los consuelos*. Todo el que huye de la cruz no es digno de seguir al Maestro.»

El mismo santo Doctor decía á veces: «*Mejor quiero comer el pan sin azúcar que el azúcar sin pan.*» Ciertas almas hacen como los niños, á quienes para poder nutrirlos se les pone miel sobre el pan: ellos lamen aquélla, pero abandonan éste. Los que no aman á Dios sino por la dulzura de su amor, son como las golondrinas, que buscan el calor de nuestras moradas y nos abandonan en invierno.

La ausencia de consuelos sensibles en la oración y otros ejercicios espirituales produce en muchos amargas inquietudes, porque se imaginan que con el tedio y sequedad no se hacen progresos en la virtud.

Los grandes maestros de espíritu les responden: «Para ir al cielo no queréis avanzar sino sobre una senda regada de rosas, como si el camino de la felicidad no estuviese sembrado de espinas y como si el Espíritu Santo no nos asegurase que para entrar al cielo necesitamos muchas tribulaciones.

»Vivid sólo para Dios, y por el amor que os tiene, soportad vos mismo todas vuestras miserias, dice el mismo santo. Ser esclavo de Dios no consiste en estar siempre consolado, siempre en

dulzuras, siempre sin aversión ni repugnancia para el bien. Si así fuese, ni Santa Ángela, ni Santa Catalina de Sena, ni Santa Paula, hubieran servido á Dios.

»Servirle es tener caridad con el prójimo; alimentar en la parte superior del espíritu la resolución firme de seguir la voluntad divina; ser manso y humilde para entregarse del todo á Jesús, para levantarse de toda caída, y soportarse á sí mismo y á los otros.

»Hay almas que no conocen devoción si no es la sensible; tan delicados tienen los dientes del espíritu, que no pueden masticar el pan de vida si no es tierno y suave. Hombres de poca fe, á quienes pudiera hacerse el reproche de la Escritura: «¿Hasta cuando amaréis como niños sólo las cosas de la infancia?»

CAPÍTULO XIX.

CONTINUACIÓN DEL PRECEDENTE.

A nuestro Santo, dice el autor del *Espíritu de San Francisco de Sales*, aunque tan compasivo con los otros que le vi llorar muchas veces sobre los pecadores y sobre los enfermos, á imitación de Jesucristo, que lloró sobre Jerusalén y sobre la tumba de Lázaro, lo era tan

poco consigo, que jamás se quejaba de trabajo alguno que le sucediese. Si caía enfermo, refería simplemente su mal, y después se entregaba en manos de la Providencia y á disposición de los médicos, á quienes obedecía sin vacilar.

En las aflicciones interiores era, por decirlo así, amigo y partidario de ellas; diciendo que así como es mejor el pescado que se cría en las aguas salobres del mar, así también las mejores almas, las más sólidamente virtuosas son las que encuentran la paz de Dios en las amarguísimas ondas de las tribulaciones de espíritu.

Á uno que se lamentaba de la privación de consuelos espirituales, le escribió diciéndole: «El amor de Dios no consiste en consuelos ni ternuras; si así fuese, pudiera afirmarse que Jesucristo no amaba mucho á su Eterno Padre cuando decía que estaba *triste hasta la muerte;* cuando clamaba: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?* Y precisamente en esas situaciones fué cuando hacía el más sublime acto de amor que podemos imaginarnos. En fin, quisiéramos tener siempre un poco de consuelo y azúcar en nuestras viandas, es decir, gustar sensiblemente del amor y la ternura.»

En otra ocasión decía con mucha gracia que las confituras secas no son menos agradables que las líquidas, ni el asado menos sabroso que el guisado; que las flores marchitas tienen mayor

fragancia que las frescas y húmedas; que los buenos estómagos se mantienen mejor con viandas fuertes que con las que son ligeras y líquidas.

En una palabra, San Francisco no era amante de la devoción sensible, ni de las almas golosas, las cuales, decía, son ordinariamente amigas de sí mismas, y por eso pierden en lo que piensan ganar. Son como muchas madres, que por su demasiada ternura echan á perder á sus hijos.

Á uno que se quejaba de no tener gusto en la devoción, de tal modo que Dios le había quitado todas las rosas dejándole sólo las espinas, le respondió: «Tanto mejor: contáos ya fuera de la turba de aquellos perdidos que decían: *Venid, coronémonos de rosas*. Estáis, pues, en compañía de Santa Catalina de Sena, que prefirió la corona de espinas á la de piedras preciosas. Decidme, continuó el Santo, ¿qué desearías más, un alimento sin salsa ó una salsa sin alimento? ¿una perdiz sin una naranja ó una naranja sin perdiz? ¡Oh Dios! ¿Hasta cuándo gustaremos, como los niños, sólo leche y golosinas, y no alimentos sólidos y llenos de jugo saludable?

»Nada nos inquieta tanto como el amor propio y la falsa estimación de nosotros mismos. Si carecemos de ternura y gustos sensibles en la oración, de suavidades interiores en la meditación; si tenemos algunas dificultades para hacer el bien; si algún obstáculo se opone á nuestros justos deseos,

se nos verá solícitos en vencer todo eso y abatidos por la inquietud.

»¿Y por qué? Sin duda porque amamos nuestros consuelos, nuestras conveniencias, nuestras comodidades. No vemos que Jesús, prosternado en tierra, suda sangre y agua por la angustia, por el extremo combate entre los afectos de la parte inferior de su alma y las resoluciones de la parte superior.

»Decís que nada hacéis en la oración; pero lo que hacéis basta, porque ¿no es buena oración presentarnos solamente ante Dios para mostrarle nuestra nada y nuestra miseria? El más elocuente discurso que nos hace un mendigo es presentarse á nuestros ojos con su desnudez y necesidades.

»Á veces delante de Dios haréis menos que eso, porque sólo estáis allí como un espectro ó una estatua. Pero advertid que en los palacios hay estatuas que no sirven más que para recrear la vista de reyes y príncipes. Contentáos, pues, con servir de esto á Dios, y Él animará esa estatua cuando sea de su agrado.